

Mapa político del monoteísmo: catolicismo, protestantismo, judaísmo e islam

Julio Trebolle Barrera

Director del Instituto Universitario de Ciencias de las Religiones.
Universidad Complutense de Madrid.

Lo que sigue son unas breves reflexiones a partir de la experiencia personal de mi acercamiento a la rama protestante del Cristianismo primeramente y a continuación a los otros dos monoteísmos nacidos de la Biblia, el judío y el islámico. Esta experiencia no hace sino reflejar la trayectoria de los estudios bíblicos en las tres últimas décadas en su relación con el mundo intelectual y religioso de Occidente, por una parte, y con el mundo oriental, judío y musulmán, por otra. La vieja y eterna cuestión «fe-razón» se centra hoy en el supuesto enfrentamiento futuro entre culturas y religiones.

La historia de cada cual ha sido un rehacer a grandes zancadas la larga marcha de la Modernidad desde el Renacimiento hasta la Ilustración. Todos hemos pasado por, al menos, cuatro grandes crisis de la Modernidad, que ponían en cuestión otras tantas concepciones de la Biblia sobre la creación del universo (Galileo), los orígenes de la pareja humana (Darwin), la concepción antropológica y ética de un pecado consciente y deliberado (Freud) y el valor de la historia sagrada tal como es narrada en la Biblia (el historicismo). Nuestra historia personal y generacional arranca del existencialismo de los años cincuenta y de las ilusiones y desilusiones de los sesenta. Junto a las figuras y mitos de la época, en el campo de los estudios bíblicos predominaba entonces la llamada teología dialéctica protestante, dominada por la figura de R. Bultmann, exegeta muy consecuente en su hermenéutica crítica, que trataba, por otra parte, de unir el existencialismo de Heidegger y el protestantismo luterano. Bultmann hablaba del compromiso existencial como de una decisión en este decisivo presente de significación escatológica.

Frente al compromiso con la historia y con la sociedad, invocado entonces por un marxismo omnipotente, la teología bultmanniana ponía el acento en el compromiso existencial. La doctrina luterana de la fe sin obras y carente de historia se trocaba con Bultmann en la oposición entre el Cristo de la fe y el Jesús de la historia, reducido éste casi a la figura de un profeta del Antiguo Testamento. La teología dialéctica de K. Barth acentuaba la oposición entre fe y religión, entre el Cristianismo, por una parte, y el Judaísmo y, más todavía, las demás religiones, por otra.

Una estancia en Jerusalén, sobre todo si es para quedarse allí varios años, obliga a cambiar de perspectivas. Hoy, tras los descubrimientos del Mar Muerto y gracias a todo un cambio del clima intelectual, el estudio de los tres monoteísmos no puede soslayar orientarse hacia Jerusalén y hacia la historia de las religiones que nacieron en torno al desierto siroarábigo.

El Oriente Medio puede resultar más estridente e incomprensible a un ilustrado no creyente que a un cristiano viejo, a pesar de todos los prejuicios que éste pueda alimentar contra judíos y sarracenos. Convivir en el clima de los otros monoteísmos, cuando se supone que monoteísmo, como Dios, no hay más que uno, puede resultar más traumático que el encuentro con culturas politeístas tan extrañas como las del Extremo Oriente hindú, budista, confucianista o taoísta. Pero el choque con el Oriente Medio es todavía mayor para una corriente del pensamiento actual que hace del monoteísmo la enemiga de un politeísmo que se pretende revivir, ensalzando como exponente de una cultura de valores plurales y centrífugos, frente a la intolerancia monoteísta y monárquica. Lo cier-

to es que el monoteísmo yahvista nació y maduró en situaciones de absoluta impotencia, cuyo desenlace hubiera debido ser el fracaso o la muerte final de la misma religión yahvista y del pueblo que la profesaba: todo comenzó en la esclavitud en Egipto y todo pudo terminar en el exilio de Babilonia. Es cierto que Moisés, como también Mahoma, fueron grandes legisladores y caudillos militares, en contraste con la figura del Cristo crucificado. Por ello mismo, Judaísmo e Islam no tienen tantos remilgos como el Cristianismo en dar pleno sentido religioso al poder y al dinero. El monoteísmo, que ha servido para justificar las más crueles intolerancias, ha sido también el mejor antídoto contra todos los absolutismos, incluidos los ilustrados.

Si el protestantismo propiciaba la pura fe y tomaba distancias respecto al poder y a la historia, Judaísmo e Islam parecen ser religiones de las puras obras, de la práctica repetida, del legalismo y la ortopraxia, frente a la preocupación por la ortodoxia dominante en el Cristianismo. El Judaísmo tiene una relación especial con la tierra de Israel y con la historia acaecida en ella, una historia hecha de triunfos y de fracasos, de los dones de un Dios muy cercano y de la pérdida de la esperanza en una historia de la que Dios parece haber abjurado. Si la Ley representaba la fidelidad escrupulosa a la práctica religiosa más a ras de tierra, los Profetas predicaban la fidelidad a un ideal sublime e inalcanzable. La esperanza mesiánica y apocalíptica judías no fueron nunca ni serán una huida de la realidad terrestre, sino el intento de retorno a una realidad, plenamente material y terrena, y a una historia transfiguradas. El Judaísmo, mucho más plural de lo imaginado desde el exterior, vive escindido entre vivir en situación de diáspora, diseminado en un mundo que no es el propio, carente de poder e impotente ante las persecuciones de los poderes constituidos, y vivir en su metrópoli de Israel, retirado en la tierra de promisión, formando un Estado propio y peculiar, más o menos teocrático. La Ilustración ha dividido también al Judaísmo entre partidarios de «asimilarse» y de adaptar la Ley judía a la Razón ilustrada y defensores de mantener la tradición y la peculiar identidad judía a pesar y más allá de la Modernidad.

El Islam, que tanto recelo suscita hoy entre los ilustrados como pánico causaba hace siglos entre los cristianos del Sur europeo, vive igualmente desgarrado por dos complejos contrarios, de inferioridad ante el poder y la cultura colonial de Occidente y de absoluta superioridad religiosa: el Islam se considera la superación del Judaísmo y del Cristianismo y es hoy el referente común del mundo islámico frente a la invasión cultural de un Occidente considerado moral y espiritualmente decadente.

De vuelta a casa tras las correrías de un hijo pródigo, uno se siente a veces cómodo y otras incómodo dentro del espíritu de la tradición católica. La tradición católica parece situarse a mitad de camino, geográfica, histórica y estructuralmente, entre el Judaísmo y el Islam orientales, religiones de la Torá y de la Shari'ah, de la Ley y de las obras, y el protestantismo más occidental y nórdico, pura fe, muy desprendida de la historia, de la razón y de la misma religión.

Las posibilidades de entendimiento de la Modernidad con las religiones monoteístas y de éstas entre sí pasan por la renuncia a las teorías de la «abrogación» de un monoteísmo por otro y por la renuncia también a la teoría de la *Aufhebung*, correspondiente laico de la abrogación jurídica y religiosa, aplicada ahora a la abrogación de lo religioso a la manera del positivismo de Comte. El Cristianismo no puede pretender que el Judaísmo está simplemente abrogado y que el Islam es un falso advenedizo o una recaída en el más puro Antiguo Testamento. El Judaísmo no puede confiscar los orígenes, sin atender a desarrollos plenamente legítimos que han hecho historia en el Cristianismo y en el Islam. Éste no puede declarar abrogados el Judaísmo y el Islam (la más pura tradición coránica no lo hace), porque enseguida la Fe Bahai proclamará que todo lo anterior, incluido el Islam, están abrogados, y así sucesivamente. La fe moderna en la superación (*Aufhebung*) de todo lo religioso por la ciencia positivista y por la razón autónoma puede necesitar también una superación de ella misma en un nuevo intento de síntesis entre estructuras del ser humano nunca superadas, sino en trance incesante de superación de ellas mismas. A